

EL PROFESOR

Por: JULIO CARRIZOSA VALENZUELA.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 2, Volumen X
Segundo Trimestre de 1952*

En nombre de la Universidad Nacional de Colombia

En nombre de la Universidad Nacional de Colombia, por razón del cargo que ocupó como su Rector, pero también como discípulo, colega y amigo del Profesor Álvarez Lleras, me creo en el deber de hablar sobre esta tumba y de traer hasta aquí el homenaje de respeto y de dolor que la primera institución docente del país desea exteriorizar a nombre del profesorado y de sus alumnos, por la muerte de quien fue durante más de cuarenta años uno de sus profesores más distinguidos, uno de los investigadores que le han dado al país mayor fama y gloria, por la extensión y profundidad de sus estudios en casi todos los campos de las ciencias Físicas y Matemáticas.

Si el aprecio que debe una nación a los talentos se ha de graduar por la suma del bien que le granjean en el acervo que pertenece a la comunidad y que constituye la herencia que ha de ser repartida entre las generaciones presentes y por venir, el Profesor Jorge Álvarez Lleras, que hemos perdido y cuyo elogio habría de fiar a otras voces más autorizadas que la mía, será ciertamente uno de los más justos acreedores a la estimación de nuestra patria.

Talento polifacético, el profesor Álvarez Lleras cultivó y fue maestro en las disciplinas más diversas, ya en el campo, de las matemáticas, o ya en el de las ciencias sociales y humanísticas. De ello dan fe las entidades que aquí se congregan hoy para testimoniar su aflicción por la muerte del ilustre sabio colombiano: la Academia Colombiana de la Lengua, la Academia de Historia, la Academia Colombiana de Ciencias, la Sociedad Geográfica, la Sociedad Colombiana de Ingenieros, la Universidad Nacional. Todos sus miembros aunados en el mismo sentimiento de admiración por

quién dedicó su vida y sus talentos a escudriñar los secretos de la ciencia y se hizo digno de ser propuesto a la posteridad como un modelo, por reunir en sí todas las dotes que constituyen un científico consumado.

La obra científica de Álvarez Lleras es inmensa. Escribió en diarios y revistas sobre los temas más variados, tratándolos con pericia y profundidad, y sobre todo, con un acendrado patriotismo. Se puede asegurar que no hay problema nacional, que no mereciera su análisis agudo y sereno. Fue director de los "Anales de Ingeniería" durante muchos años, y en esta revista, una de las más antiguas del continente, dejó, en editoriales y artículos de fondo, todo lo que fue su actividad como defensor del gremio de ingenieros, desde un punto de vista elevado de servicio público, y el fruto de sus meditaciones acerca de problemas de interés técnico. Le imprimió siempre un sello de originalidad a todo lo que trataba, aparte de que se adelantó en sus predicciones científicas a las realizaciones técnicas de la época en que le tocó actuar. Así por ejemplo, en su publicación de "La tracción auto-propulsora", estudió un utilización del motor Diesel y el generador eléctrico que hoy es de uso corriente en los grandes ferrocarriles de los Estados Unidos. Sobre el levantamiento de la Carta Geográfica, sobre cuestiones económicas y sociales, sobre el perfeccionamiento de nuestra lengua, atrasada según él para las necesidades de expresión de la ciencia moderna, ha dejado ideas que esperan al comentarista y estudioso que haya de sacar de ellas todo el fruto que pueden dar. Últimamente había dedicado todo su esfuerzo a la redacción de la Revista de Ciencias Exactas Físicas y Matemáticas, en donde se preocupó por reeditar la obra de varios sabios colombianos, mal impresa en su época o agotada en la actualidad. Fiel al culto que siempre rindió a su maestro Julio Garavito, publicó allí con interesantes comentarios la obra hasta entonces inédita de este sabio y reeditó su obra principal con el fin de dar a conocer las ideas fundamentales que hasta entonces estaban dispersas en publicaciones ilegibles o ya agotadas. Profesor de física y de Electricidad en la Facultad de Matemáticas e Ingeniería, estableció el primer laboratorio y publicó sus conferencias sobre la materia en donde ya se revela como el científico prudente, enemigo de aceptar sin el tamiz de un severo análisis las extrañas teorías que anunciaban ya la tremenda revolución que hoy se enseña en la mecánica y la física. Su espíritu, formado en las enseñanzas de su maestro Julio Garavito, rechazaba todo lo que no pudiese ser explicado con claridad meridiana mediante el auxilio de las matemáticas y bajo los clásicos y tradicionales conceptos que nos habían legado los Newton, los La place y los Maxwell. En un notable estudio de los muchos que publicó en la "Revista de la Academia de Ciencias Físicas y Naturales", donde se puede decir que deja su testamento científico, decía: "Contempla hoy el mundo una crisis económica, social, ideológica, moral y literaria, como no se había presentado otra desde la época del derrumbamiento del Imperio Romano bajo los golpes de ariete de la irrupción de los bárbaros, que dieron en tierra con la antigua cultura, y vinieron 9

crear, a la postre, después de la oscura revolución de la Edad Media, la forma moderna del estado". Y más adelante agrega: "En la ciencia todo es caos y confusión, las más inconcebibles hipótesis sustituyen en el día a aquella solidez de criterio que dio origen a mediados del siglo XIX, a la llamada ciencia positiva. Cuanta necia innovación venga a las mentes de los arribistas científicos cobra a pocas vueltas carta de ciudadanía en los recintos de las Academias y en las bibliotecas de los sabios. Y así muchos no saben hoy dónde está la verdad y qué cosa es el error. Es esta época fundamentalmente adversa al cultivo desinteresado de la ciencia y por ello hemos visto en los últimos lustros cómo se ha venido poco a poco, con el ánimo de brillar y hacer viso con las más atrevidas doctrinas, a establecer el caos científico y a, hacer necesario que se hable hoy en serio de la crisis de la física y de la desintegración de las matemáticas. Tal vez aparecemos con estos conceptos como pesimistas exagerados, y bien pudiera ser ello así, pues la serenidad para juzgar con acierto es muy difícil de conservar cuando las noticias diarias nos llenan de estupor y nos conmueven hondamente en nuestros sentimientos de amor por la humanidad y de admiración por su cultura".

Creo haber condensado en estas palabras tuyas, la inquietud y preocupación de toda la vida del sabio colombiano. Porque ni cejó nunca en su buida crítica, severa e implacable, contra los fabricantes de hipótesis extravagantes, ni abandonó esa posición pesimista que fue una de las características de su mentalidad Sin embargo hay que notar que Álvarez Lleras ordenó su vida no como un pesimista integral, sino como un activo trabajador infatigable. Fue quizás el científico colombiano que ha dejado más y mejor obra. Si esa propensión a ver y juzgar las cosas bajo el aspecto más desfavorable hubiera sido el único norte de su acción, no hubiera tenido tanta fe en la influencia de la palabra escrita ni aún de la hablada, ni en su propia actividad, como lo podemos atestiguar sus discípulos. No era, pues, su pesimismo una obsesión paralizante que lo inhibiera para luchar como luchó por llevar la claridad a todos los rincones del saber, con la convicción plena de que sus desvelos y esfuerzos no serían perdidos.

Se explica no obstante su inquietud respecto del porvenir de la ciencia, porque temperamentalmente, fue un físico. Extraordinario experimentador, como ha habido pocos en la historia de nuestras ciencias. Sus explicaciones en la cátedra eran de un realismo extraordinario, en oposición a las oscuras e inasequibles teorías que se les brindan hoy a los jóvenes cuando se inician en el estudio de las ciencias. Se comprende, por lo tanto, que cuando no podía ofrecer a sus discípulos el modelo mecánico apropiado de un fenómeno, su mente, acostumbrada a la claridad que hasta entonces había reinado en casi toda la física. Se desconcertaba ante los intentos de explicación, no siempre afortunados, que, en lugar de disipar las dudas, introducían la obscuridad y

la confusión. Quizás este desencanto suyo lo decidió a dedicarse a la más perfecta de las ciencias según él: la Astronomía. Esto para fortuna del Observatorio Astronómico, el que encontró completamente abandonado y semiderruido. Así fue que dedicó el resto de sus días a la restauración de este monumento histórico hasta dejarlo como hoy está: dotado de una de las mejores bibliotecas científicas del país y de instrumentos adecuados para la labor que es allí posible, muchos de los cuales se deben a la habilidad; extraordinaria que tenía para crear de la nada instrumentos y dispositivos mecánicos de todo género. Desde 1930, el Observatorio está adelantando una labor que habrá de dar un copioso material científico, cumpliéndose así su aspiración de restablecer las glorias de la Expedición Botánica, que tuvo en esta severa casa construida por Mutis su principal centro.

Alvarez Lleras fue también un romántico de la ciencia. De esos románticos que tienden a desaparecer. Amaba la ciencia por ciencia y el científico era para él un sacerdote de un culto sagrado. "Sobre el desinterés —decía— que fuera menester para ejercer el sacerdocio, llamémoslo así, de la investigación científica, con nobilísimos fines, no encontraremos palabras más levantadas que las siguientes, escritas por Garavito en una carta que dirigió a la representación nacional de Colombia con motivo de un proyecto de ley de honores que se presentó a favor suyo. Dijo entonces así este genuino sabio colombiano: "Las gentes de estudio, las que aman la verdad, las que se preocupan por descubrir y comprender las leyes naturales, no deben buscar otra cosa que la verdad misma: investigar la naturaleza para conquistar honores es labor negativa". A estas palabras podemos agregar las suyas propias dirigidas al Consejo Directivo de la Universidad, hace años cuando ofrecía sus servicios gratuitos a esta institución. Dijo entonces Álvarez Lleras en carta dirigida al Rector: "Como yo considero — y siempre lo he considerado así— según se puede constatar en mis repetidas renunciaciones a cualquier estipendio de parte de la Universidad en el cargo mencionado —se refiere a la Dirección del Observatorio— que las labores culturales deben estar divorciadas de todo interés mezquino, estimo que la mejor medida aconsejada para obrar de tal modo de pensar es la de optar por una determinación semejante en momento oportuno como éste, cuando ya nadie pueda atribuir a quien la toma, ninguna finalidad egoísta".

Conturba el ánimo pensar cuán difícil será llenar el claro que deja su desaparición entre los maestros de las actuales generaciones, aunque para quienes recibimos de él tan gran memoria, ese claro seguirá lleno del ejemplo de su vida, monumento siempre vivo de su inmensa obra, que estamos en el deber de conservar, exponer y comentar como él lo hiciera con la de su maestro Garavito.

El mal que fue lentamente minando su organismo llevó muchos años sobre su semblante el anuncio de su destrucción, de la cual tenía plena conciencia, tragedia que comunicaba con frecuencia a quienes fuimos sus amigos de siempre, pero sin que un riesgo tan vecino y formidable turbara su aplicación al trabajo. Apoderado el mal de sus fuerzas, sufrió con admirable resignación las más crueles congojas, a tiempo que entregaba a los cuidados de su trabajo como Director del Observatorio, y presidente de la Academia de Ciencias, todos los instantes que le dejaba libres la defensa de su vida, que se iba consumiendo. Aquí es, en esta situación triste y dolorosa, cuando este hombre fuerte presenta a sus semejantes el verdadero ejemplo de su recia personalidad con su paciencia en medio de los más agudos dolores y la serenidad en la mayor de las tribulaciones. Este es el más ilustre, el más heroico triunfo de su virtud, solo explicable cuando se tienen las creencias que él cultivó toda su vida con elevada pasión. Porque ni la autoridad, ni la riqueza, ni los talentos, ni lo que llamamos aquí sabiduría, son suficientemente poderosos para inspirar a los mortales esta tranquilidad ejemplar, fruto precioso de una vida irreprochable y testimonio de una conciencia pura nunca alterada por el remordimiento y siempre dispuesta al cumplimiento del deber, y al amor de Dios, de la Patria y de los semejantes.

Bogotá, abril 21 de 1952

